

que al hombre de mas confianza lo pueden convertir en un traidor!

—Mondoñedo, dijo el señor Mons, está usted sobre una mina, posee usted secretos que pueden comprometer su existencia; es necesario valor y precaucion.

—Caballero, conozco perfectamente á todos los satélites de ese poder oculto; ellos se alejarán de mí temiendo ser descubiertos; pero juro á Dios y á la memoria de mis padres, que vengaré á mi país y satisfaré los resentimientos que ahogan mi corazon!

—Seréne usted, amigo mio, va usted á emprender un camino desconocido y erizado de escollos.

—Lo sé, y estoy resuelto á todo; en mi venganza va la de Eloisa: esa mujer burlada en medio de una sociedad envidiosa y maldiciente, objeto del escarnio y de la sátira, quedará satisfecha mañana, cuando yo arranque el antifaz á ese miserable.

—Yo le he perdonado!

—Pero yo no, caballero; esa risa de desden, ese papel ridículo de juglar, esa mujer humillando mi corazon y mi delicadeza, ese suplicio de ridículo, yo se los cobraré con sangre, ó me levantaré el cráneo de un pistoletazo!

—Terrible situacion!

—Sí, horrorosa! merced á mi carrera he obtenido un grado en el ejército; pero yo no busco el sacerdocio de la medicina, yo busco el combate, la pelea, la muerte!.... El general Zaragoza me ha comprendido, es el depositario de mis secretos y confia en mi valor; me ha alentado: sabe que juega un rayo, y yo sabré desempeñar la mision que me he impuesto!

Aquellos dos hombres quedaron en silencio, midiendo el viejo el abismo á cuya sima se encontraba el estudiante, y el joven pensando en su venganza.

CAPÍTULO VI.

De como es cierta la sentencia que se halla en los manuscritos Rabinos, de que tres gatos en un costal no pueden estar.

I.

La ley del 17 de Julio, en que se suspendió el pago de las convenciones extranjeras, afectó dolorosamente á la Europa, que hace tres siglos y medio encuentra su *caja* en el fondo de nuestras minas.

Ese banco que se llama México suspendia sus pagos, y los agiotistas y especuladores se presentaron en las plazas de Londres, Paris y Madrid, llorosos con la fatal noticia.

Los gobiernos cerraron ese librejo que se llama *Derecho de Gentes*, y que no pasa de una paparrucha sin significado.

Acordóse la vieja Europa de sus *ofensas*, de lo expuestos que estaban los *inocentes* de sus nacionales al furor asesino de los mexicanos; y se dispusieron á *intervenir* en los asuntos de México, pero bajo la condicion de no alterar su régimen interior: se quedaba en el secreto de la liga, aunque ya era conocido en Europa y América.

Francia é Inglaterra determinaron apoderarse de los puertos de Veracruz y Tampico, dejando fuera de combate á la España.

El embajador de S. M. Católica ofició al gabinete de la Granja, y las negociaciones se entablaron.

El ministro de la Gran Bretaña, de esa nacion heróica que le dispensó proteccion á Napoleon el Grande, alojándolo sumtuosamente en la isla de Santa Elena, y que tenia un centinela en la tumba del derrotado de Waterloo, temiendo se escapase el cadáver, tendió su mano á la Francia, diciéndole que la España no tenia inconveniente en que se firmara en Lóndres una convencion.

La Francia aceptó por deferencia.

El señor ministro ingles contó la misma fábula al ministro español, que accedió vista la opinion de los dos colegas; y merced á este juego de cubilettes, se encontraron la España y la Francia, cuando menos lo pensaban, mas allá del canal de la Mancha.

Del silencio y reserva de las elucubraciones diplomáticas, resultó la célebre *Convencion de Lóndres*, que siguiendo nuestro propósito histórico, diremos brevemente á nuestros lectores.

Por el primer artículo se convenia en el envío de fuerzas de mar y tierra para ocupar el litoral mexicano.

Por el segundo, las tres naciones se comprometian á no adquirir territorio alguno ni ventaja particular, y á no ejercer su influencia sobre la eleccion de los mexicanos respecto á la forma de su gobierno.

Por el tercero se nombraba una comision para la *distribucion* del dinero que se recobrase.

Por el cuarto se instaba á los Estados-Unidos á adherirse á la convencion.

He aquí en sustancia el convenio firmado en Lóndres el 31 de Octubre de 861.

El último artículo se tuvo por no puesto, porque los hijos de Washington, que tienen mucho de *bellaco*, como decia don Qui-

jote, olieron el pastel europeo, y los dejaron venir en derechura al precipicio.

El convenio tripartito estaba signado; nada mas faltaba su realizacion.

Aquel parto diplomático fué saludado por la Europa como la idea mas luminosa, y Napoleon III la bautizó con aquellas pomposas frases de: "La intervencion de México es el hecho mas glorioso de mi reinado."

La *Bolsa* europea estaba de felicitacion.

El viejo mundo se puso su armadura llena de orin, que estaba en el museo de los siglos medios; cierto es que ya no la soportaba, y como el último caballero andante, emprendió el combate de los *molinis de viento*.

Los soberanos de las potencias aliadas participaron oficialmente su alta determinacion, y la prensa cantó un hossana, y las liras entonaron himnos patrióticos á la diosa Conquista, y las naves guerreras se enfloraron, y las baterías dieron su voto de felicidad á los ejércitos conquistadores!

II.

Los mexicanos intervencionistas se agitaron, como si la Europa hubiese contado con ellos para el rudo golpe que se preparaba.

Almonte dispuso su viaje para México, y Gutierrez Estrada que desde 1840 habia trabajado por la monarquía, se dirigió á Viena, porque el caduco plan de Iguala llamaba al trono de México á un príncipe de la casa de Borbon ó á un archiduque de Austria.

Merced á este recuerdo histórico, surgió la candidatura de Fernando Maximiliano, á quien un destino fatal conducia desde entonces al desastroso término de su existencia.

Las notas diplomáticas vieron la luz pública, y las calumnias mas groseras, las apreciaciones mas inexactas y el rencor menos disimulado, sirvieron de arma innoble jugada contra una nacion débil en sus armas, pero invencible en su derecho.

La mayor parte de los extranjeros residentes en México deseaban la intervencion, y acumulaban secretamente acusaciones contra los mexicanos. Para que se comprenda lo que vale la gratitud de aquellos á quienes México ha dispensado una franca hospitalidad, copiamos las palabras de Saligny en uno de sus despachos al gobierno de Francia:

“Sir Charles Wyke y yo hemos considerado la situacion bajo un mismo punto de vista, y hemos obrado de completo acuerdo rompiendo nuestras relaciones con el gobierno mexicano. Esta determinacion ha producido una profunda sensacion. *La poblacion francesa está unánime en su indignacion contra este gobierno, y en su deseo de ver aplicarle un pronto y ejemplar castigo.*”

El ministro ingles era de la misma opinion al dirigirse á su gobierno:

“La intervencion armada es indispensable para impedir que los súbditos británicos sean asesinados y robados impunemente bajo un gobierno tan corrompido é impotente.”

Los nacionales franceses, como decia su honorable ministro, acudian á mostrarle anónimos amenazadores de muerte é incendio; pero no amedrentaban su ánimo esforzado esos manejos de los agentes del gobierno.

Ese pobre diplomático creia que el Sr. Juarez se ocupaba en amilanar á los que estaban amilanados de antemano bajo el peso de una difícil situacion.

Largos serian el relato é insercion de esos célebres despachos, hoy burla é irrision del mundo entero, y que le han dado muerte eclesiástica á sus autores.

Baste saber que la calumnia con toda su deformidad sirvió de pretesto para consumir ese atentado que hoy condenan las

mismas naciones que entraron en la ya para siempre olvidada convencion de Lóndres.

III.

La ciudad de Veracruz y el fuerte de San Juan de Ulúa, fueron entregados al general español por el Ayuntamiento.

Existe una litografia con un cuadro humillante para la autoridad municipal de Veracruz.

Los individuos del Ayuntamiento yacen cabizbajos ante la arrogancia del general Gasset; que con aspecto protector recibe la plaza.

El general, vestido con blusa de percal del color del pantalon, y éste metido en las botas, sombrero de paja con el ala arremangada hácia el lado derecho; donde luce una cucarda amarilla, mas bien parece mayoral de ingenio ó uno de esos mites que vemos en los dramas de Emilio Gerardin y Pablo Feval.

Contrasta ese traje semi-chambergo, con el frac de aquellos tristes concejales tan humillados.

Protestamos contra ese cuadro, por contener un pensamiento calumnioso.

El Ayuntamiento de Veracruz, cumpliendo con la prevencion gubernativa, se presentó á Gasset, mas bien para hacerlo responsable de la situacion, que para la entrega de la Plaza; puesto que las instrucciones del gobierno prohibian toda plática con el extranjero.

En ese momento el general Uruga y el gobernador La Llave protestaron en nombre de México contra la violacion del territorio mexicano.

A pocos dias se avistaron las escuadras francesa é inglesa, mandada la primera por el almirante Jurien de la Gravière y la segunda por el comodoro Dunlop.

Los pabellones de la liga y el mexicano fueron enarbolados en el castillo y en la plaza.

La bandera de la patria llevaba en el asta el *Inri* de la conquista.

IV.

El 13 de Enero del año del Señor de 1862, se reunieron los plenipotenciarios en el palacio de Veracruz, llamando á su sesión al almirante y comodoro de las escuadras.

Dubois de Saligny es ya tan conocido de los lectores y corre en tantas historias y cuentos picantes, que su biografía es capaz de despertar el buen humor á un hijo de la Gran Bretaña.

Sir Charles Wyke es simplemente un *ingles: times is money*. Dunlop y Jurien de la Gravière venían á su negocio y seguían en esa vía de injusticia y calumnia, rieles sobre los que se deslizaba la locomotora intervencionista.

Estos cuatro sugetos son muy caballerosos en Europa.

El general Prim, esa figura que se destaca en el cuadro de las glorias españolas, ese caballero digno de los tiempos antiguos, noble, generoso, defensor de las grandes causas, el héroe de Africa, era un elemento extraño en aquella reunión en que se trataba de la muerte de una nacionalidad.

Ya conocemos á los hombres que iban á decidir del destino de México.

Abrióse la conferencia.

El general Prim leyó una proclama redactada de antemano, en ella se proscribía toda idea de conquista y de perturbación interior.

Los aliados la signaron, no obstante que Saligny no aprobó el pensamiento en general.

—Señores, dijo el ministro ingles, es necesario enviar nuestro *ultimatum* al gobierno de México.

—Yo estaría, dijo el frances, porque esas fórmulas se procribieran y nuestras fuerzas adelantasen á la capital en son de guerra.

—Señor conde, dijo Prim, esa conducta no es acorde con la proclama que acabamos de firmar.

Saligny hizo un movimiento de cabeza.

Jurien de la Gravière, que era mas moderado que Saligny, optó por el *ultimatum*.

—Es necesario, insistió Saligny, acompañar una nota colectiva en que consten nuestras reclamaciones.

—Démonos cuenta, dijo Prim, de las pretensiones de cada uno, en lo que debemos estar de acuerdo.

Saligny sacó una gran lista de reclamaciones, entre las que figuraban los *millones* de Jecker procedentes de algunos *miles* de pesos entregados al gobierno de Miramon.

Los aliados se encogieron de hombros ante una pretension tan exagerada.

—Señor ministro, dijo Prim, la España se prestará con dificultad á dar su apoyo á ese espediente.

Exaltóse Saligny, y dijo con ese ardor tan frances, cuando se trata de dinero:

—Pues señor general, yo sostengo en nombre de la Francia esta reclamacion y será la primera que se presente.

Sir Charles Wyke, dijo:

—Yo me adhiero á la opinion del general Prim, me opongo á que la Francia cubra con la bandera de la liga una reclamacion sobre un contrato leonino y oneroso.

—Traeria un gran desprestigio sobre nosotros, añadió Prim, y mas que nos hallamos en el primer momento de la intervencion; ¿qué dirá el pueblo mexicano si comenzamos por imponerle un pago tan terrible como el que envuelve el negocio de Jecker?

—La intervencion, gritó Saligny, viene á hacerse pagar todo, sí, todo lo que nos defraudan esos hombres que forman el llamado gobierno mexicano.

—No estamos de acuerdo con esa especie vertida por el señor Saligny, dijo Prim; y yo declaro que no apoyaré tales pretensiones.

Dunlop agregó que la causa no debía dirigirse sino á un objeto.

—Estamos convenidos en todo lo espuesto por los señores Wyke y Prim, dijo Jurien de la Gravière.

Saligny al oír la voz del almirante frances, bufaba de furor, perdía en el primer encuentro, su gran negocio fracasaba, los millones se le escapaban de entre las manos.

—Puesto que no estamos de acuerdo, dijo Saligny, para transar la cuestion, redactemos una nota colectiva y reservémos para despues el presentar las reclamaciones.

—Aceptamos, dijeron Prim y sir Charles Wyke.

Mal camino llevaba la liga al pisar las arenas de un país donde hace fiasco todo lo mas grande y notable de la Europa..

Los elementos combustibles al reunirse, ocasionarian mas tarde una explosion.

V.

Redactóse la nota, que nada queria decir; era simplemente la emision del pensamiento intervencionista tras un antifaz hipócrita y desleal: aquella nota no tenia una respuesta determinada, ninguna exigencia, ninguna reclamacion, era una especie de proclama á mano armada.

La primera palabra de la Europa al pisar el territorio era confusa, y es que aquellos hombres no tenian valor para manifestarse; temblaban ante una nacionalidad señalada como víctima en los designios de los déspotas del viejo continente.

He aquí ese célebre documento:

“Tres grandes naciones no forman una alianza solo para re-

clamar de un pueblo á quien affigen tan terribles males, la satisfaccion de los agravios que se le hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo para tender á ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante, sin humillarle, de la tan lamentable postracion en que se encuentra.

“El pueblo mexicano tiene su vida propia, tiene su historia y su nacionalidad; es pues absurda la sospecha de que entre en los planes de las tres naciones aliadas el atentar contra la independencia de México.

“Per eso venimos á ser testigos, y si necesario fuese, protectores de la regeneracion de México. Querémos asistir á su organizacion definitiva sin intervencion alguna en la forma de su gobierno, ni en la administracion interior.

“A la república, sola á ella, corresponde juzgar cuales son las instituciones que mas le acomodan á su bienestar y á los progresos de la civilizacion en el siglo XIX.”

El gobierno mexicano no tenia en su alto desden mas respuesta, que la dada por el coronel Cambronne al intimársele rendicion al perderse la batalla de Waterloo.

CAPÍTULO VII.

De como empezó á desarrollarse la hidrofobia entre los partidarios de la intervencion.

I.

Salióse el ministro frances rabioso como un perro de presa y se dirigió á su casa, donde le esperaban con impaciencia Wask, Manzanedo y don Fernando Moncada.

—Rayos y truenos! dijo Saligny, estos diablos de españoles son los hombres ménos á propósito para el arreglo de los negocios.

—Pues qué pasa? preguntó Wask.

—Que esos infernales aliados se han conjurado contra nosotros.

—¿Han reñido por ventura? interrogó don Fernando.

—Hay para darse un tiro, exclamaba Saligny, llevamos muy malos pasos, estoy por hacer una barbaridad.

—Contadnos, señor ministro, dijo Manzanedo, calculando que era muy grave lo que habia tenido lugar en la primera conferencia.

—No lo vais á creer, me parece un sueño, una fábula, ¡vive Dios! que esto será lo peor de cuanto pudiera sucederme. Habéis de saber que. . . . pero me ahoga la rabia, dadme un trago de coñac, porque mis fauces están secas como un papel.

Wask se levantó y sirvió en un vaso coñac, pan cotidiano del señor ministro frances.

—Decia, continuó el *copólogo* diplomático, que los aliados se rehusan á que entren en las reclamaciones los créditos de Jecker.

Wask dió un salto como si fuese de resorte.

—Como lo oís, contestó Saligny, juzgan exajerada la pretension, comienzan por declarar que el contrato es *leonino*, y todo esto constará en una acta y estamos punto ménos que perdidos.

Manzanedo permaneció impasible, á pesar de sus compromisos con la casa del banquero: él iba en pos de la candidatura de don Juan de Borbon y aquello no era de muchas consecuencias.

Wask no habia podido articular una palabra; si un rayo hubiera caido sobre su cabeza no habria producido conmocion mas profunda.

—Ningun negocio mas importante, proseguía lleno de cólera y de coñac Saligny, cien fortunas van á desplomarse con este golpe; pero yo juro romper antes el convenio de Lóndres, que consentir en semejante atentado.

—Yo me muero, exclamó Wask, esta situacion me volverá loco!

—Yo, dijo el ministro, que me he valido de cuantos medios han estado á mi alcance, que he atropellado por todo, hasta conseguir la intervencion armada de la Europa, no quedaré hecho un rey de burlas delante de los hombres de la intervencion!

Manzanedo, mas avezado que sus colegas en los negocios de la política, comprendió desde luego que no seria satisfactorio el éxito de la expedicion; no obstante, ya estaba lanzado y era preciso seguir con mas ardor que nunca hasta el desenlace de aquel drama; estaban en la primera escena.

—Yo estoy disgustado, decia Saligny, desde la proclama de ese soldadon español, que se anticipó á nosotros en la caravana intervencionista: las cosas deben llevar un nombre desde el principio, y si tenemos de obrar en son de guerra, ¿á qué hacer alarde de una mision de paz, que seguramente no es la nuestra?

—Despues, dijo don Fernando, se nos echará en cara ese manifiesto que es todo un programa.

—Ademas, continuó Saligny, que no es un misterio que venimos á derribar el gobierno de Juarez y á establecer la monarquía. El general Almonte que debe desembarcar en uno de estos dias, ya ha estado en Viena; porque el plan de Iguala llama al trono á un archiduque de Austria.

Tocóle su vez á Manzanedo, que se levantó del asiento involuntariamente.

—Señor Saligny, dijo procurando apagar la alteracion de su voz, á quien llama el plan de Iguala es á un individuo de la casa de Borbon, que no puede ser otro que el príncipe don Juan.

—Me da lo mismo si me han de pagar mis reclamaciones; no os inquieteis por los trabajos de Almonte, él está en su derecho, como vos al trabajar por la candidatura de los Borbones.

—Supongo, dijo Manzanedo, que no se habrá tratado esa cuestion en la conferencia.

—Allí no se ha tratado sino de barbaridades, repuso Saligny; esos hombres son unos estúpidos! yo que pensaba abonarme algo de las rentas de la aduana, me encuentro desposeido de lo que legítimamente me corresponde.

—Temiendo estoy, dijo don Fernando, que fracase hasta la monarquía.

—No aventurémonos tanto, la nota colectiva sale hoy mismo de Veracruz en el porta-plegos de los comisionados; dentro de una hora estarán en camino para la capital.

Wask, no vuelto aún de su aturdimiento, gritó con furor:

—Estos aliados están matando el pensamiento de la convenccion de Lóndres, se están haciendo los interesantes, cuando ma-

ñana tendrán que ametrallar á esos hombres á quienes les dirigen la ridícula nota colectiva; ¿creen acaso que Juarez va á entregar las llaves de la nacion á la primera palabra de la liga? eso es no conocer la tenacidad del presidente; ademas, que no recibirán con flores á las primeras tropas que se atrevan á emprender el camino rumbo á las gargantas de la sierra; Llave tiene fortificadas las montañas, y esas posiciones no se toman con proclamas; no hay un solo ejemplo de que un pueblo se haya dejado arrebatarse su independencia sin disparar un solo tiro. La accion debió haber sido violenta, hoy la nacion se pone en guardia, se organiza y acumula cuanto elemento puede sacar de la misma situacion.

—Es verdad, dijo Saligny, eso mismo he dicho en la junta; pero el infierno, es decir, la Inglaterra, se ha propuesto perdernos, y en union suya el marques de los Castillejos.

—Ese espadachin, dijo don Fernando, ese héroe que solo sabe triunfar de los moros, la está echando de Quijote.

—Precisamente, respondió el ministro, el gabinete de Madrid no podia haber hecho peor eleccion: el general Prim está enlazado con una señorita mexicana, y ademas el ministro de hacienda de Juarez es su tío, circunstancias todas que lo hacen adolecer de parcialidad.

—Carguen con él todos los diablos! exclamó Wask electrizado, lo que extraño es la conducta de sir Charles Wyke.

—Como no le hemos participado de los millones, está rabioso, observó Saligny.

—No hay mas que interesarle.

—Ya son muchos los socios, amigo mio, y ese demonio de suizo no quiere muchas divisiones, ya se considera suficientemente.

—No importa un millon mas ó ménos; una coleccion de papeles inservibles se la volvemos billetes de banco, eso es mayor milagro que convertir las piedras en pan.

—Es cierto.

—Es necesario, dijo Manzanedo, no agriar esta situación, yo veo hasta ahora que las cuestiones se aplazan, no hay mas que tener paciencia, esperemos la respuesta del gobierno mexicano, cedamos á las menores indicaciones de los aliados, que mas tarde dispondremos de la situación; no hay que acalorarse porque las consecuencias pueden ser funestas.

—Yo, dijo Saligny, me he contenido merced á ese pensamiento, no quiero que mañana se me culpe de haber echado á rodar un negocio que se presenta bajo tan buenos auspicios.

—Tenemos algo de México? preguntó don Fernando.

—Hay algo, que bajo la apariencia de un incidente cualquiera, podrá ser de algunas consecuencias.

—Explicaos, señor ministro.

—Juarez ha cambiado gabinete. Zaragoza, ese hombre tan fuerte para las armas de la reaccion, ha dejado el ministerio y con una division que está bien organizada se dirige á nuestro encuentro.

—Ese general es el de Silao y Calpulalpan?

—El mismo, señores, hombre de gran vista militar, reservado, valiente y querido de sus soldados.

—Lo he dicho, el gobierno de México se organiza.

—Zaragoza, continuó Saligny, es un general valiente y sagaz, sostendrá con mas éxito que otro una campaña; pero eso no importa, nuestras armas son invencibles.

—¿Pues entonces, qué teméis?

—Temo al ministro de relaciones, á ese Doblado, hombre suspicaz, arrojado hasta la temeridad cuando su amor propio se halla comprometido; conoce á los hombres y los ataca por su lado vulnerable; la acechanza y el engaño son sus armas; puede habérselas con nosotros, temo que le hable á los ingleses con oro, y á los españoles con humo: los primeros son todo metal y los segundos gloria, caballerosidad y bambolla. En cuanto á la Francia, cerraremos los oídos; ya le conocemos.

—El negocio es mas difícil de lo que parecia al principio.

—Es verdad, yo mismo le desconozco; este suelo no sé que tiene, al respirar la atmósfera de este clima, todo se vuelve al revés, todo se lo lleva el diablo.

—Estamos en una pendiente horrible.

—Serenidad y confianza, dijo Manzanedo, estemos á la expectativa; no hay que desesperar.

—Mas tarde, repuso Saligny, y en mejor terreno, haré valer los contratos celebrados con Jecker; tomaré los primeros dividendos, dejando en manos de ese suizo miserable la responsabilidad por el resto de la suma.

—Ese oro, dijo Wask, ha sido la piedra imán de la intervención: ¿quién dirá que ese precioso metal formará parte del tesoro imperial?

—Silencio, caballero! me comprometéis horriblemente.

—No hay quien se entere.

—Olvidemos por un momento el desastre, y preparémonos para el porvenir.

El ministro se adelantó á la botella y comenzó á tomar como un flamenco.

Manzanedo y don Fernando se despidieron, dejando al francés y al inglés entregados al sopor de los espíritus alcohólicos.

II.

—Sé, dijo el conde á Manzanedo luego que estuvieron solos en su alojamiento, que habeis recibido noticias de México.

—No os lo ocultaré mas, caballero, estamos identificados en una misma causa; la condesa de Montemolin se halla en la capital.

—Sí, bajo el nombre de Rosa, añadió serenamente don Fernando.

—La conoceis, caballero?

—Estoy en relaciones con la hija de Carlos Luis de Borbon.

—Esa mujer es terrible, dijo Manzanedo, y educada para la política, mantiene relaciones con todas las personas de influencia, y las aleja entre sí con un tacto admirable!

—Y qué os dice?

—Que en México se conspira incesantemente, aunque se ha recibido la proclama de los aliados con sumo disgusto por los partidarios de la monarquía.

—Nos ha pasado á nosotros lo mismo; no obstante, la cosa marcha.

—Temo un rompimiento entre los plenipotenciarios; la manzana de la discordia ha aparecido.

—Seria bueno deshacernos de Prim, dijo de una manera acentuada el conde del Jaral.

—No, repuso Manzanedo, puede ser el elemento borbonista.

—No importa, ese hombre es de mal agüero; ya sabeis que yo cuento con medios para todo.

—Ya los explotaremos mas tarde.

El conde era un hombre que veía en los hombres *obstáculos ó medios*; estaba pronto á emplearlos ó á hacerlos desaparecer; negaba la existencia de los crímenes en política; creía que todo era lícito para llegar á un fin determinado.

Don Fernando era partidario de Maquiavelo, pero aplicaba sus máximas sin talento.

Hay libros que son lo que una arma en manos de un loco.

Los cerebros de aquellos hombres comenzaban á poblarse de sombras, y entre las sombras crece la envenenada planta del crimen.

Toda la fidelidad generosa del perro, y su grande adhesión hácia la mano que lo protege y acaricia, cesa desde luego que el animal es atacado por la hidrofobia.

La ambición es la rabia de los seres á quienes Dios ha concedido el soplo de la inteligencia.

CAPITULO VIII.

De los toros y cañas con que obsequiaron á los señores porta-pliegos en la sociedad conservadora de México.

I.

La nota colectiva, primer desbarro de los aliados, y que determinó la marcha política de la intervencion, fué enviada á México por conducto del brigadier Milans del Bosch, del comandante Thommaset y de Mr. E. Patham.

La comision se presentó al ministro de relaciones.

El general Doblado, ese hombre astuto, como habia dicho M. de Saligny, y de una gran capacidad, recibió á los enviados con extraordinaria galantería.

El bravo español, que creía segun la voz general en Europa, hallar un campo de Agramante, y robos y asesinatos en las calles, y escándalos y desórdenes espantosos, encontró una sociedad organizada como Europa, bajo las condiciones de distinción y moralidad á toda prueba.

El ingles se quedó aturdido ante un cuadro que verdadera-